

MANIFIESTO: CIENTÍFICOS CONTRA LA GUERRA POR LA PAZ, LA COOPERACIÓN Y EL DESARROLLO

Vivimos tiempos difíciles y peligrosos en este, nuestro planeta, único cuerpo celeste natural donde se conoce la existencia de vida. Como mujeres y hombres de ciencia, conocemos el impacto del conocimiento científico sobre la sociedad, las vidas de cada uno de sus miembros y sobre la naturaleza en general. Sabemos que la ciencia es un arma de doble filo que nos remite al simbolismo bíblico del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Los avances de la ciencia fundamental se han traducido en el acelerado desarrollo tecnológico que se acentúa a partir de mediados del siglo pasado y prosigue en nuestros días. La posesión de nuevos medios para imponerse por la fuerza ha exacerbado la competencia entre intereses poderosos que determinan el posicionamiento de los Estados-nación en la arena internacional, buscando el control de territorios y recursos naturales.

El arma nuclear, utilizada por primera vez en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial, creó una situación nueva: la posibilidad de que, por acción humana, se pusiera fin a la vida en la Tierra. El holocausto nuclear es una amenaza existencial que no debe ignorarse, más aún cuando en el pasado el desastre estuvo cerca de ocurrir por error humano o fallo técnico. Los múltiples conflictos en curso, activos o latentes, la evolución de la guerra denominada convencional hacia las formas "modernas" de guerra híbrida o asimétrica, claramente fruto de la aplicación perversa de los avances tecnológicos que la ciencia ha proporcionado, no contribuyen a atenuar, sino que aumentan los riesgos de un impulso insensato hacia el recurso al arma nuclear. Sin olvidar, naturalmente, la pérdida de vidas y la destrucción de bienes materiales que toda guerra conlleva, incluso siendo convencional. El tiempo presente, conviene señalarlo, está marcado, por desgracia, por la total deconstrucción del sistema de seguridad penosamente erigido en los años de la llamada "guerra fría" y la década siguiente, sistema que descansaba en los tratados bilaterales entre las dos mayores potencias nucleares, base de la llamada disuasión nuclear. Hoy asistimos a una creciente tendencia hacia la militarización de las economías que fortalece los complejos militar-industriales movidos por el lucro, lo que incide en un ciclo global de conflicto, guerra y proliferación de armas.

Además, como es sabido, la guerra, los múltiples conflictos militares de diferente dimensión y naturaleza, pero también la propia operación de los dispositivos militares incluso en ausencia de guerra, contribuyen significativamente a agravar las condiciones que impulsan el cambio climático.

Entramos en un círculo vicioso en el que las armas y el rearme no son garantía de paz sino estímulo de guerra. Nada podrá llevar a disipar las nubes oscuras que se forman y mantienen sobre nuestras cabezas sin un entendimiento entre potencias que conduzca a un nuevo tipo de relación basado en el respeto de los intereses vitales de las partes involucradas.

Dada la escala de los peligros actuales y potenciales, la inacción individual y la aparente neutralidad equivalen a una complicidad pasiva. Como científicos, intelectuales, formadores y ciudadanos, tenemos el deber no solo de alertar, sino también de involucrarnos activamente en los esfuerzos necesarios para hacer frente a las amenazas actuales y futuras. La Historia nos juzgará por nuestra capacidad de resistir a la lógica de la destrucción que rige el presente y de construir, en su lugar, las condiciones para un futuro justo, pacífico y viable para todos.

1 de Marzo 2026